

MAX

# ÓRFICAS



EL TEXTO DE EPIMÉNIDES

KATÁBISIS

L'ORFEO DE MONTEVERDI

ÓRFICAS



A Carme, aquí y ahora,  
pero también ayer y allá,  
o mañana donde sea.



MAX

# ÓRFICAS



EL TEXTO DE EPIMÉNIDES  
KATÁBISIS  
L'ORFEO DE MONTEVERDI



---

©1994 Max

©2017 De la presente edición Nórdica Libros  
y Ediciones La Cúpula S. L.

ISBN: 978-84-16830-67-1  
Depósito Legal: M-12035-2017

Traducciones:  
EMILIA RUIZ YAMUZA  
(Capítulos 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 8)

EMILIO DÍAZ ROLANDO  
(Capítulos 9 y 10)

JUAN ANTONIO RODRÍGUEZ TOUS  
(Capítulo 7)

ROSALÍA GÓMEZ MUÑOZ  
(L'Orfeo de Monteverdi)

Diseño Gráfico  
MANUEL ORTIZ

Producción  
EDICIONES LA CÚPULA S.L.

Edición  
NÓRDICA LIBROS  
Avda. de la Aviación, 24, bajos  
28054 Madrid

Impresión  
AGPOGRAF IMPRESSORS

Encuadernación  
EUROPRINTER 3000

Las dos primeras ediciones de este libro, en 1994 y 1995,  
fueron posibles gracias a la Fundación Pública  
Luis Cernuda de la Diputación de Sevilla.  
Nuestro agradecimiento al Área de Cultura de la  
Diputación de Sevilla por la cesión de parte del material  
gráfico para esta nueva edición.

Este libro tampoco habría sido posible sin  
el apoyo de Alberto Marina, Margarita Ruiz-Acal,  
Paco Cerrejón, Jesús Moreno, Diego Moreno y  
Emilio Bernárdez.

Esta edición es una coproducción entre  
Nórdica libros y Ediciones La Cúpula.

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra sólo  
puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo  
excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro  
Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales  
de algún fragmento de esta obra.

I

EL TEXTO DE

EPIMÉNIDES





*Orfeo*, Gustave Moreau, 1865. Museo del Louvre (Paris).



## I

**P**RIMERO oigo una voz. Luego siento una leve presión sobre mi hombro. Finalmente, acabo por darme cuenta de que me están zaran-deando y me veo obligado a regresar a la realidad. El vigilante, forzando una sonrisa nada amable, me indica que es la hora de cerrar. Durante unos instantes no sé qué es lo que este hombre quiere de mí. Hora de cerrar, señor, repite, alzando su mano izquierda hasta poner su reloj delante de mis narices. Desconcertado, doy un paso atrás. Las seis. Comprendo entonces que llevo cerca de una hora en este lugar, de pie, inmóvil frente al cuadro. Vacilo. Mis ojos se resisten a apartarse del lienzo, pero la mirada glacial del vigilante, clavándose en la mía, acaba por empujarme hacia la salida. No queda nadie, y a medida que avanzo, la penumbra se va apoderando de las salas tras de mí. Más miradas hostiles me aguardan en la puerta. Tan sólo la sonrisa afable y furtiva de una mujer de la limpieza me transmite algo de calidez en este Templo del Hielo. Fuera está anocheciendo. Desciendo torpemente las escaleras del Louvre, aturdido aún, como si acabara de despertar de una de esas noches pobladas por sueños densos e impenetrables.

*Orfeo*, óleo de Gustave Moreau fechado en 1865. Metro por metro y medio aproximadamente. La composición de este cuadro resulta peculiar, extraña incluso. Divido mentalmente el lienzo en cuatro partes iguales. El cuadrante superior derecho está vacío. Sólo luz, una luz difusa y dorada que se derrama por todo el cuadro, bañándolo en una profunda melancolía, impregnándolo todo de la quietud y el silencio de un atardecer lejano. A mitad del cuadro, el horizonte inicia un paisaje vago e indefinido, de montañas agrestes y pálidas

aguas que, interrumpido por una oscura franja rocosa, se prolonga en un yermo hasta la base del lienzo, cuyo extremo está ocupado por dos tortugas inverosímiles en una zona de sombra. Nada importante en el cuadrante inferior izquierdo, excepto quizá unos delicados pies asomando bajo una túnica verde, a la orilla del agua. Y por fin, en la mitad superior izquierda del cuadro está todo: el rostro de la mujer —¿una sacerdotisa?—, sus brazos sosteniendo la lira sobre la cual reposa la cabeza cortada de Orfeo, y, al fondo, una abrupta roca —con un misterioso hueco tras el cual se adivinan heladas montañas— y un grupo de pastores tañendo la flauta en su cima. Ésta es la disposición de los elementos en el cuadro. Veamos ahora el trayecto que recorre la mirada del espectador. El primer lugar al que se dirige la vista es la cabeza de Orfeo, no sólo por tratarse, por contraste, del punto más luminoso del lienzo, sino también por su indudable carga dramática. Desde su rostro la mirada se desliza cuello abajo hasta dar con la mano izquierda de la sacerdotisa, y desde allí trepar por el brazo hasta su cuello luminoso y despejado, su mejilla redonda, y su ojo semicerrado. A partir de ahí, pero con cierta dificultad, la vista asciende hacia los pastores en la roca, y hasta la cima misma, para luego descender vertiginosamente, por el hueco luminoso y las astas de la lira, de nuevo a la cabeza de Orfeo. Pero algo extraño ocurre entonces, porque aun cuando, en buena lógica, la mirada debería seguir descendiendo hasta el extremo inferior de la lira y luego, casi en línea recta, hasta los pies de la sacerdotisa, algo se lo impide. Algo invisible, que no está pintado, pero que está ahí. El espectador, desde los ojos cerrados de Orfeo, siente la atracción irresistible de la mirada de la sacerdotisa, y sus ojos quedan aprisionados por el vínculo invisible que une ambos rostros. Se establece un circuito cerrado entre la mirada inexistente de Orfeo y la mirada incierta de la mujer. Y ya los ojos no pueden apartarse de ahí, atrapados en un continuo viaje de ida y vuelta, de uno a otro rostro, intentando aprehender el misterio de esta mutua contemplación ciega: dos rostros, vueltos el uno hacia el otro, que se miran pero no se ven. No con los ojos. Tiene uno, de repente, la sensación de estar ante la contemplación silenciosa y mutua de dos almas. Y resulta escalofriante.

Aquí estoy, incluso en el recuerdo, atrapado por lo invisible. Me siento como una mosca prendida en una delicada pero inflexible tela de araña. Mi mente transita sin cesar por el breve espacio que une dos perfiles luminosos, recortados contra un fondo oscuro y difuso. Dos rostros que se contemplan sin verse. Dos miradas interiores, y la mía circulando entre ellas. He aquí una pintura extraña, donde es más importante lo que no se ve que lo que se ve. ¿Cómo diablos se las apañó Moreau para poner algo ahí sin pintarlo?

Porque hay algo más ahí, en alguna parte del sombrío e indefinido espacio entre los dos rostros, algo que pugna por hacerse visible. ¿Se contemplan sólo Orfeo y la sacerdotisa, o más bien están estableciendo un diálogo? Se diría que están comunicándose algo: un secreto. Sólo un secreto puede comunicarse mediante una mirada ciega y muda. Pero ¿qué secreto? En un estado que empieza a parecer de trance hipnótico, me viene a la mente una imagen paradójica: *espejo ciego*. ¿Tiene algún sentido ponerse ante un espejo con los ojos cerrados? ¡Eso es! Lo que hay entre ambos rostros es un espejo. Circuito cerrado de la mirada, como cuando uno se contempla a sí mismo. Pero no logro entender qué significa esto. ¿Está revelando Moreau una identidad secreta entre Orfeo y la sacerdotisa? ¿Se está viendo cada uno a sí mismo en el rostro, en los ojos del otro? Y entonces, de repente, veo algo más: veo el segundo espejo. Veo mi propia mirada contemplándome desde el cuadro. La línea invisible que une dos miradas también invisibles se ha convertido en un espejo dirigido hacia mí. Por unos instantes siento al alcance de mi mano el secreto que se comunican Orfeo y la sacerdotisa. Pero me da miedo. Hay ahí un misterio demasiado profundo, demasiado oscuro y antiguo. Me estoy viendo a mí mismo mirándome desde el cuadro y, sin embargo, ese rostro no es del todo el mío. Hay algo en él que no reconozco. Tengo miedo. Mi vista salta, como quemada por el fuego, a la periferia del cuadro. Temo volver a caer atrapado en la red. Me esfuerzo en mantener mi atención ocupada en los detalles: la decoración de la túnica, las tortugas, las aguas estancadas... evitando cuidadosamente el espacio entre los dos rostros, esos rostros ciegos que mirándose me miran.

Cruzo el puente Solferino. Las aguas del Sena son casi negras bajo la luz crepuscular. El aire es frío y cortante, y me empieza a doler la garganta cada vez que trago saliva. Estoy pensando ya en las desastrosas consecuencias de unas probables anginas, precisamente ahora que voy a empezar mis vacaciones, cuando la imagen de una cabeza cortada asalta mi mente. Desagradable asociación de ideas por gentileza de mi subconsciente. Instintivamente me llevo la mano a la garganta desnuda. No llevo bufanda, ni jersey, y jamás he sido capaz de abrocharme el primer botón de la camisa: la mínima presión en la garganta me provoca náuseas. ¿Cabeza cortada? Trago saliva con dificultad. Es hora de beber algo caliente.

Un café en el Boulevard Saint Germain. No puedo apartar el cuadro, ni sus implicaciones, de mi mente. Toda consideración crítica o estética acerca de esa pintura está de más. Ya no me importa la composición, ni el color, la pincelada o el dibujo. Ahora me interesa Orfeo, del que nada conozco. Y

con el primer sorbo de café, una sospecha descabellada se abre paso en mí. Advierto su peligrosidad. Intento ahogarla aun antes de que mi mente la formule claramente, pero con el ímpetu de un río desbordado arrasa con todo y llega hasta mis labios que, pegados aún a la taza, la pronuncian en contra de mi voluntad: *el tema de ese cuadro soy yo*.

Ya no puedo hacer nada. Ahora necesito saber más. El museo está cerrado. Mi avión sale mañana temprano. ¡Si por lo menos hubiera pensado en comprar un catálogo, una maldita postal, en vez de dejarme intimidar por aquellas miradas hurañas...! ¡Apenas media hora para que cierren los comercios! Pregunto al camarero por alguna librería cercana. Me abalanzo sobre ella. Busco en las secciones de mitología, de antropología, de historia...: nada de Orfeo. De repente me topo, entre un montón de libros en oferta, con un viejo catálogo de una exposición de pintores simbolistas. Lo hojeo ansioso: reproducciones de varios cuadros de Moreau, todos ellos de tema mitológico, pero no está el *Orfeo*. En el apéndice, una biografía sumaria del pintor y un párrafo inquietante: «... Moreau, quien sentía la figura de Orfeo como estrechamente vinculada a su biografía espiritual».<sup>1</sup>

Comprendo ahora, mientras camino de regreso a mi hotel bajo una fina lluvia, que Moreau pintó ese cuadro deliberadamente como un espejo. No sé cómo se las arregló, pero lo hizo. Pintó un cuadro-espejo para él. (¿Sólo para él? ¿Cuánta gente ha percibido, como yo, el efecto espejo?). Pero ¿con qué propósito lo hizo? ¿Quería comunicar algo? ¿Qué exactamente? ¿Cuál es la biografía de Orfeo? ¿Cuál la de Moreau? ¿Cuál la mía?

Estoy exhausto, pero no tengo sueño. Intento distraerme viendo las noticias en el televisor del *hall* del hotel, pero ninguna logra retener mi atención. Cojo una revista de viajes y la hojeo distraídamente. Grecia: «Miles de años de historia bañados por las cálidas aguas del Mediterráneo». Algunas reproducciones de vasijas con figuras. Un hombre atado a una columna, un águila posándose sobre sus muslos. El pie de foto informa que se trata de Prometeo, sufriendo el castigo eterno que Zeus le impuso por robar el fuego a los dioses y entregarlo a los hombres. Encadenado a las cumbres del Cáucaso, cada día el águila venía a devorarle el hígado. Cada noche, el hígado se regeneraba. Fuego. Enciendo un cigarrillo y lo ofrezco mentalmente a este héroe de la Humanidad, en un ritual de agradecimiento. Fuego... Me palpo la frente. ¿Tengo fiebre? No debería fumar. La garganta me duele cada vez

---

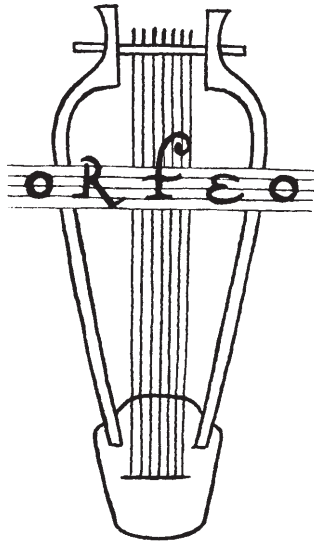
<sup>1</sup> Hans H. Hofstatter, *Gustave Moureau* (edición española: Editorial Labor, Barcelona, 1980).

más. En la segunda ilustración un hombre toca la lira rodeado de animales. Busco el pie de foto correspondiente, pero el espacio que debería ocupar está en blanco. Un error de maquetación precisamente aquí, en esta imagen que levanta mis sospechas a causa de una cítara y unos ojos cerrados. ¿Orfeo? Me llevo la revista a la habitación, me hundo en la cama y me dejo vencer por el sueño, entre imágenes inconexas y turbadoras de ojos, espejos y gargantas en llamas.



«a Orfeo de nombre célebre».

Ibico, fr. 17 Diehl.



«al hijo de Eagro... Orfeo de espada de oro».

Píndaro, fr. 139, 11-12 Snell.





«por encima de su cabeza revoloteaban incontables las aves  
y, con su hermoso canto, los peces saltaban hacia arriba  
desde las azuladas aguas».

Simónides, fr. 384 Page LGS, 567 PMG.

